

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª

Paquetes de 30 ejemplares 1'00 pts
Suscripción: España un trimestre 1'00
Extranjero 1'50

Manantial que no se agota

Zaragoza, esa ciudad de las rebeldías legendarias por todo lo que dignifica la época en que se vive, ha tenido un bello gesto con ocasión de la huelga que hace tiempo sostenían los obreros albañiles.

Si los hombres que capciosamente se atribuyen el derecho de dirigir y gobernar a los demás tuvieran en su cabeza más fósforo que serrín, ¡cuánto podrían aprender del bello gesto de los obreros zaragozanos!

Aprenderían, por lo menos, que el espíritu de solidaridad es innato en la clase trabajadora, tanto, que ante él se estrellan todas las añagazas patronales, todos los complots policíacos y todas las bárbaras represiones de los gobiernos.

En poco más de dos años se han desatado contra el proletariado zaragozano todos los odios burgueses y autoritarios y en todos los conflictos han dado los obreros las más altas pruebas de solidaridad.

Primero la comandita policíaca o reaccionaria que explotaba el terrorismo barcelonés, trasladó su agencia a Zaragoza haciendo víctimas a los compañeros más significados en el movimiento obrero, los que salieron relativamente bien gracias a que no fueron abandonados por los demás trabajadores; poco después la huelga de carpinteros o metalúrgicos, (no estamos seguros) provocó el gran movimiento de solidaridad que produjo la huelga general, con el obligado número de víctimas, que las autoridades ofrendan al capital en esta clase de luchas, y cuando aun estaba esto reciente y no habían tenido tiempo de reponerse de los contratiempos sufridos, viene la huelga general de Bilbao, y al saber que los obreros vizcaínos sostenían desigual lucha contra la burguesía, olvidando censurables abandonos con ellos tenidos, ofrecen sus vidas para apoyar a aquellos compañeros.

El gobierno, que como un insulto a la libertad se llama liberal y cuyo presidente blasonaba de conocimientos de lo que son las luchas sociales, mientras desconocía que éstas tiene su más formidable apoyo en la solidaridad; ese gobierno, no pudiendo comprender tanta grandeza y altruismo tanto, perdió la cabeza, manchó de sangre obrera las calles de Zaragoza, encarceló a los que consideró directores, como si hombres de tales arrestos no supieran dirigirse por sí mismos, e hizo emigrar a buen número de compañeros y compañeras que fuera de España, como en España, continúan su obra emancipadora.

Muertos unos, condenados a presidio otros y en la emigración los más, burgueses y autoridades creyeron poder decir, que la paz reinaba en Varsovia, desconocedores, en su crasa ignorancia, de que a la idea no se la mata ni se la encierra, ni mucho menos se la expulsa; es ella bastante intensa para lanzar sus resplandores por doquiera que haya oprimidos.

Pero ellos, ¡qué saben de esto! Creyeron que después de la bárbara represión del año pasado estaban abatidas las energías proletarias y los burgueses albañiles se consideraron en terreno firme para rechazar las justas demandas de sus obreros. La actitud pacífica por éstos adoptada la interpretaron como debilidad e hi-

cieron una parodia de solidaridad prestándose el apoyo personal, trabajando todos los patronos juntos en una sola obra.

¡Pobre solidaridad en manos de la burguesía! Esta cosa tan sublime; esta idea tan magnífica y generosa; este concepto tan altamente científico y moral, que no hallamos expresiones suficientes para traducir en su verdadero significado; este excelente vocablo que al pronunciarlo conmueve nuestras más delicadas fibras; este símbolo de amor entre la raza humana, ha sido vilipendiado por los patronos albañiles.

Afortunadamente los obreros se dieron bien pronto cuenta de ello y lo reivindicaron.

La solidaridad no puede existir ni entre los tiranos ni entre los explotadores.

¿Quién pudo impedir la muerte en la guillotina, de Luis XVI y María Antonieta, la de Carlos I de Inglaterra, la de los príncipes serbios y tantos otros, ni quien osó evitar el destierro y destierro de tantos soberanos de corona y de gorro frigio?

Sin embargo, la solidaridad impidió que el anarquista y sabio Eliseo Reclus, fuera muerto o condenado por Thiers; que Tolstói y Gorki fueran ejecutados por el déspota ruso; que los supervivientes de Montjuich, murieran en presidio; que Maura continuara al frente del gobierno; que en Portugal recuperara su trono la odiosa monarquía de los Braganzas, y la solidaridad es la esperanza de los que sufren.

Así lo han comprendido los obreros zaragozanos hoy, como hace un año lo comprendió el proletariado español, que puso al gobierno en situación tan difícil, que sin la traición de los jefes del partido radical hubiera peligrado no sólo el actual régimen político, sino hasta el régimen social, porque nada más bello ni trascendental que la solidaridad obrera. Ella es la que nos hace fuertes; la que nos emancipará, y en el último movimiento huelguístico de Zaragoza la solidaridad se ha demostrado desde el momento en que los albañiles la han creído necesaria.

Sin la solidaridad obrera, los albañiles se hubieran encontrado en el dilema de sucumbir o emigrar, y la soberbia patronal hubiera alcanzado la más estúpida expresión. Con el apoyo de los compañeros, los trabajadores no han sido vencidos y el orgullo patronal ha quedado abatido.

Los obreros de Zaragoza han demostrado que la solidaridad es un manantial que no se agota, como se evidenció en la represión que sucedió a la huelga del año pasado, en que los sacrificios que los compañeros se impusieron para apoyar a los presos correspondieron a la magnitud de las iras autoritarias, formando comisiones pro presos en las localidades en que el gobierno se ensañó con los obreros.

Y al demostrar lo inagotable del manantial de la solidaridad, nos hemos referido a Zaragoza como podíamos habernos referido a Málaga, que también ha puesto bien alto el concepto que de la solidaridad tiene la clase trabajadora en general.

Es que el espíritu de clase va resaltando cada día más y extendiéndose de Europa a América y viceversa.

La cultura y el escepticismo político

Es indudable que el pensamiento humano va tomando, si no una orientación definitiva—ya que esto le sería de todo punto imposible, dada su innata versatilidad,—cuando menos una orientación completamente desemejante a la que hasta el presente ha venido siguiendo. Nos referimos, claro está, a su orientación en materia social.

Los viejos valores sociales van desapareciendo definitivamente del que podemos llamar mercado de las especulaciones espirituales. Nuevas normas, concepciones nuevas se imponen. Que no en vano corre el tiempo. Y en pos de él y de sus sabias inspiraciones nos vemos forzados a caminar, que de lo contrario, nuestro ha de ser el perjuicio. Y de las generaciones que han de sucedernos, pues no olvidemos la eterna concatenación, la trabazón inmensa e indisoluble que une las acciones de todos los seres humanos, por distintas y lejanas que sean las épocas de su realización. No, no olvidemos nada de eso.

Hace ya mucho tiempo que el escepticismo, en materia religiosa, invadió las regiones en que se elabora el pensamiento, desterrando de sus dominios el cúmulo de tremendas mentiras que durante tanto tiempo han tenido aherrojada la conciencia de millones y millones de seres que, a no ser por esa maldicha circunstancia, se hubiesen desarrollado, indudablemente, en un ambiente inmensamente más humano que el miserable estado, impropiamente llamado social, a que irremisiblemente han sido sometidos por virtud de esa

presencia de la emancipación de los cerebros, ha señalado un límite a la existencia de las monstruosas mentiras religiosas, mismamente llevará a cabo en su día la no menos grande obra de la destrucción completa de las enormes mentiras sociales, que presentemente causan la desgracia y el infortunio de una inmensidad de seres que por el mero hecho de su venida al mundo, por ser de todas las bellezas y de todos los placeres en él existentes, por ser de ley natural que todo ello constituya el patrimonio intangible e inalienable de todos los seres componentes de la humana especie.

Esta es la ley suprema, la única que puede y debe regular los actos humanos, y que con su innata virtud y el tremendo poderío a ella anejo, destruye la pseudo-eficacia de todas las monstruosidades, erróneamente llamadas leyes, engendradas y lanzadas a la circulación por la secular imbecilidad de los hombres.

Actualmente, existe una reducida minoría de hombres, mejor dicho, de seres verdaderamente conscientes de la intangibilidad y de la virtualidad de las leyes naturales, preconizadas por los que en todos los confines del mundo habitado por seres dotados de la preciosa condición del raciocinio, esfuerzan en conseguir días más venturosos para la actualmente miserable colectividad humana. Esto es, desgraciadamente, cierto.

Pero, afortunadamente, no es menos cierto —creemos poder afirmarlo— que no ha de transcurrir mucho tiempo sin que esta reducida, pero esforzada minoría, se trueque en una poderosa mayoría, capaz de llevar a vías de realización las bellas y factibles utopías condensadoras de la verdad social, de esa tremenda y abrumadora verdad que acaricia constantemente la imaginación, piérola de vida y de redención, de cuantos tenemos la firme convicción de que, o por lo contrario a lo que se imaginan, o aparentan imaginarse muchos miserables detentadores, están poco menos que contados los días del absurdo régimen social—entendido bien, embaucadores políticos: decimos régimen social, y no régimen—a ser, como soléis hacérselo vosotros en vuestros fieros programas revolucionarios—que tan pernicioso nos es a cuantos carecemos de filiación en el Registro de la Propiedad.

Esta mayoría de seres conscientes de su finalidad social, que es como decir de hombres dispuestos a la adquisición de la plena soberanía inherente a los seres que piensan, vendrá a la vida el día en que, dándose perfecta cuenta de la enorme farsa social que constantemente se está representando en el inmenso escenario de la vida, se decidan a desterrar para siempre de su conciencia el tremendo prejuicio político, tan funesto para la colectividad humana como su congénere el religioso, digan lo que quieran en contrario los que, empeñados en su nefanda tarea del embrutecimiento del elemento popular, obtienen en cargar a la cuenta religiosa todos los prejuicios, todos los atavismos y todas las monstruosidades que aquejan al género humano, queriendo con ello expurgar de toda falta, en este sentido, al ambiente político, que, repetimos una vez más, constituye, para el proletariado que anhela su emancipación, una plaga tan funesta cual la que lleva aparejada el prejuicio religioso.

Política y religión... ¡Vaya un consorcio! ¡Valientes marido! Quien se abraza a él puede contar, a no dudarlo, con una rápida y definitiva emancipación... ultraterrena.

Pero... Acontece que la cultura, que tiempo há infiltró en los cerebros del escepticismo religioso, salvándolos de las garras de la teocracia y del clericalismo, engendradores del embrutecimiento y de la degeneración de los seres humanos, apréstase también a inocular el escepticismo en materia política, con el que conseguirá desprendernos de la tremenda ceguera mental que nos impide la visión clara e irrefutable de la verdad social, pregonada a voz en grito por la ciencia moderna, por boca de los más excolosos pensadores contemporáneos. Ese será el enorme, el decisivo triunfo de la cultura.

Y veremos que la cultura, a medida que se intensifica, sobre todo en los componentes del proletariado, va traduciendo en un profundo desdén, en un arraigado escepticismo hacia cuanto se halle íntimamente ligado a esa plaga que conocemos con el nombre de política.

Y, lanzando la mirada escurtidora hacia las lejanías en que se columbra la sociedad humana del porvenir, nos daremos también cuenta de que no es un mito, ni mucho menos, la «transmutación de todos los valores», de que nos habla el filósofo del Norte, el genial Nietzsche.

JUAN ECHAZARRETA
San Sebastián.

todas las ideas que demarcan un límite. Resulta así que se le forma, o que se forma cada uno, un estrecho círculo, y ya cree estar en la razón, y si se le quieren destruir sus ideas por otras más justas, al fin no las acepta porque dejara de ser lo que era.

No es sólo una determinada cantidad o fracción, sino la humanidad entera que, consciente o inconscientemente, es arrastrada por la evolución natural de los seres y de las cosas, hacia una sociedad de justicia y de amor. La humanidad se ha desviado de las leyes naturales, y por esto la actual desorganización: la desigualdad de derechos y el odio del hombre contra el hombre.

La base de la sociedad futura será la verdad, la justicia y el amor; la finalidad será nuestro perfeccionamiento, y como la evolución no tiene fin, nuestro perfeccionamiento, que es el resultante de la evolución misma, tampoco tiene fin.

El hombre empieza, se puede decir, a descubrir ahora los fenómenos de la naturaleza. Desde que se descubrió la existencia de la electricidad no se han hecho millares y millares de inventos útiles a la humanidad? ¿No se ha transformado acaso por completo la mecánica y no se debe a ella la constante evolución de la maquinaria moderna más o menos perfecta? ¿Quién hubiera previsto todo esto?

¿Qué límite puede darse entonces a la inteligencia humana, cuando se descubran otros importantes fenómenos de la naturaleza que hoy desconocemos e ignoramos por completo? Es imposible calcularlo. Cada nuevo invento, por insignificante que sea, contribuye al desarrollo de la inteligencia y hasta a veces influye en el cambio de los costumbres. Todo evoluciona, nada es estadal, y por lo tanto es imposible decir que la sociedad futura, la sociedad de la felicidad humana, será de esta o de otra manera; sólo podemos decir: «es necesario que una sociedad nueva suplante a ésta, y que como base de toda acción tenga, el hombre, el razonamiento y el apoyo mutuo.»

Lo que más debe interesarnos, no es el saber si la verdad la posee el anarquismo, el socialismo o cualquier otro ismo, sino el saber cuál es esa verdad, nada más.

OTTO NIEMANN

De Verano

Castellar del Vallés, 20 agosto 1912.

Vida vegetativa, trabajo rutinario, remuneración escasa, déficit permanente, instrucción limitada, ideales confusos, a distancia inmensa de la agitación del proletariado emancipador; bajo tal aspecto se presenta esta villa a mi consideración.

Uniendo mis recuerdos del año anterior con mis impresiones actuales, veo estos trabajadores atascados en un recodo del camino, ligados a una especie de feudalismo que, sin las trabas del auténtico y formal de los tiempos antiguos, produce casi todos sus deplorables efectos. Antes no podían moverse del lugar como siervos sujetos al terruño; hoy no pueden salir de este pueblo porque han reducido la grandeza cerebral humana al estrecho molde de su telar y de su salario, de su tradición y de sus convencionalismos.

Hay aquí trabajadores que han vivido en Barcelona, que han peleado en Cuba, que han estado en contacto con la gran corriente, pero a pesar de todo, y aun de la relación constante con Sabadell y Tarrasa, en Castellar se han remansado y sufren la influencia ineludible del feudo Tolrá.

No tengo datos ni tiempo para el estudio detallado del asunto; con lo recogido en la superficie hay suficiente y sobra para mi objeto.

Sociedad recreativa burguesa; sociedad recreativa obrera: no hay lucha de clases. Aquí se vive en plena armonía del capital y el trabajo. Castellar del Vallés es el tipo de la población industrial soñada por los apóstoles de la economía política: burgueses que ganan, sin molestias socialistas, sindicalistas ni anarquistas, ni otras dificultades que las indispensables surgidas de la lucha por la conquista del duro; obreros y obreras que trabajan sin exigencias ni reclamaciones, que ganan 15 ó 20 pesetas quincenales y cantan en «La Liebre», cooperan en «La Castellarensa», bailan en la fiesta mayor y en las menores y votan el candidato propuesto por el comité de los sensatos. Esto es un oasis consolador.

Sin embargo, el modernismo ha hecho su aparición: una novedad he hallado este año. Ha nacido un Centro Obrero Instructivo, con un corto número de socios, que puede convertirse en núcleo de actividad, propaganda y organización obrera si logra despejarse y sacudir la pereza mental del ambiente. Las promesas son buenas, bellas las esperanzas: algo es haber dado señales de vida; esperemos que a su tiempo dé frutos emancipadores.

Uno de los números del programa de la fiesta mayor era los juegos florales celebrados en la tarde del domingo. El acto resultó bien presentado. En una sala grandiosa de la escuela sostenida por el señor dominante, destinada a enseñar catecismo a los futuros productores de riquezas señoriales y pobreza menestral, había un estrado, con un trono bajo dosel, y sitio para los ilustres; el resto del local se hallaba completamente ocupado por los invitados, que lo eran mediante la ofrenda del óbolo voluntario para sufragar los gastos.

Comenzó el acto con la lectura de un largo discurso reseñando la historia de los

juegos florales y enalteciendo el idioma catalán. Aunque por la mala condición acústica del local no pudo apreciarse detalladamente el escrito, me pareció que no excedía de lo repetido en ocasiones análogas: definición elevada de la poesía; exaltación tradicional de la fe y de la patria, y exposición platónica del amor, que oscila entre el misticismo y el sensualismo; manteniéndose a una altura convencional distante siempre de la realidad.

Abrióse el pliego conteniendo el nombre del poeta premiado con la flor natural, con el poético galardón, y proclamóse reina de la fiesta a una linda señorita de la familia feudal. ¡Oh! la poesía, antes tan enaltecida, sufrió tremendo golpe. No el amor, no la belleza, no el mérito personal; triunfó el privilegio. El poeta premiado no ofreció la flor ganada a la mujer ideal, que podía ser una linda obrera, capaz de inspirar los más nobles sentimientos y las más halagüeñas esperanzas; ¡a puso en manos de una dama de estirpe opresora, representación, siquiera inocente o inconsciente, de todas las penas de la explotación. La poesía, que, según el mantenedor, no es sólo ritmo y medida, sino exaltación a las amplias y elevadas regiones de la sublimidad, si comparé evocada por los amadores de la gaya ciencia, huyó desparavida al estruendo de los aplausos tributados a la privilegiada.

Pasó la fiesta, pasaron las fiestas: hubo comedia, cine, tiro de palomas, bailes, sacrificio de pollos y gallinas, afluencia de forasteros, competencia entre tartanas tradicionales y un monstruo automóvil; que parecía uno de esos trusts-tiburones que engullen a miles la pesca menuda, y a tirar un año más, viviendo en esa santa y encharcada rutina incapaz de toda noble rebeldía renovadora y justiciera.

Pasada la alegría periódica, no la íntima y legítima, aquí imposible y absolutamente desconocida, al telar otra vez, a la cuadra abrasadora, de atmósfera sofocante, ruido atronador, de ventanas herméticamente cerradas, bajo la mirada del capataz; a través quincenas de rudo trabajo, descanso insuficiente, alimentación no reparadora, satisfacciones escasísimas, en lo más ínfimo del desnivel social, en aquel abismo en que la iniquidad perpetua pasa por justicia divina y ley natural.

Termino por hoy, dejando para otro día el resto de mis impresiones.

ANSELMO LORENZO

Salirse por la tangente

Esto es lo que hacen los socialistas cuando se les dice que su actuación en las sociedades obreras es solamente política, importándoles un bledo el mejoramiento y mucho menos la emancipación de los trabajadores. A todo esto contestan diciendo que ni la Unión Ferroviaria ni las entidades adheridas a la General de Trabajadores son políticas.

Precisamente en esto radica la jesuitica labor socialista; en introducir la cizaña política en entidades que no lo son, haciéndolas ingresar en una Unión que a pesar de todos los distractos de su reglamento lo es.

Si la U. G. de T. es, como dice el reglamento, un organismo obrero, ¿por qué el Comité directivo no lo componen obreros? ¿Quiéren decirnos los periódicos socialistas, sobre todo *«Adelante!»*, de Valladolid, en qué imprenta trabaja el presidente y en qué fábrica, taller o establecimiento ganan su jornal la mayoría de los que lo componen?

Hablemos claro. Los socialistas son una nueva clase explotadora que ha salido a los obreros. Los burgueses nos explotan en las fábricas; los socialistas, unas veces contribuyendo a aumentar los gastos del Estado, reclamando sueldos fijos por servicios que no se prestan, como sucede con las Juntas de Reformas Sociales y Tribunales industriales, y otras creando cargos retribuidos en las entidades obreras, asignándose sueldos muy superiores a los que obtienen los obreros a quienes engañan.

Y pareciéndoles esto poco, todavía acuden a estas mismas sociedades para pedirles dinero con que sufragar los gastos electorales.

En su intransigencia con las sociedades obreras que no se subyugan a su dominio, han ido más lejos que los carlistas y republicanos, pues éstos no han aconsejado a sus adeptos (públicamente al menos) que nieguen su concurso a los sindicatos obreros. Los socialistas, sí.

Al Congreso que celebrarán en Madrid el próximo septiembre, las agrupaciones de Vigo y Sevilla han presentado la siguiente proposición:

«Siguiendo los elementos sindicalistas la misma táctica que los anarquistas contra el partido socialista y sus hombres, y vistas las buenas relaciones existentes entre nuestro partido y la Unión General de Trabajadores, se proponga al Congreso nacional condene toda colaboración de los afiliados en la obra del sindicalismo anárquico, contraria a la de la Unión General y del partido, y enargue a las agrupaciones que no consentan que ningún afiliado coopere a esa obra sindicalista, desafiando cargos directivos o administrativos y dirigiendo o colaborando en los periódicos sindicalistas. (Agrupación de Vigo).»

La de Sevilla es idéntica a ésta.

Estamos seguros de que esta proposición no será aprobada. La hipocresía política es contraria al deslinde de campos.

Claro está que los socialistas han de ser contrarios al criterio sindicalista en que se orientan las sociedades obreras. Las netamente sindicalistas no son fábricas de diputados ni de concejales, y sus individuos lo